fuente de santidad y nos enseña hasta donde llega el amor de nuestro Dios; el de la vida eterna nos otorga conocimiento seguro de nuestro destino final. Así, los misterios cristianos lo abarcan todo, porque hasta el mismo de la creación nos libra de los peligros del panteísmo y del ateísmo. El entendimiento, el corazón, la voluntad, el hombre entero, y por lo tanto la sociedad, la ciencia, el arte y la moral, tienen en los misterios cristianos base firmísima para sostenerse, luz divina y prodigiosa para iluminar sus caminos, y milagrosa fuerza para alcanzar la virtud en el tiempo y la vida perfecta y bienaventurada más allá de la tumba.

Este asunto profundo y hermoso del misterio cabe personificarlo en dos hombres, conocidos ambos en el campo de la ciencia, aunque por muy diverso modo. Es el uno, Ernesto Haeckel, naturalista prusiano, enemigo del misterio y materialista hasta el último límite; según él, «podemos saberlo todo.» (V. Arduin obra citada); el otro es el sabio Duhamel, insigne matemático, que representa á la ciencia modesta, humilde, prudente, reservada y creyente, que no se desvanece y pierde en los laberintos de la vanidad y de la soberbia, sino que se humilla ante la verdad y la confiesa con leal y encantadora franqueza.

«En cierta ocasión una gran señora asediaba con sus preguntas á un secretario de la Academia de Ciencias, nada menos que al ilustre matemático Duhamel, é impacientada por las respuestas

negativas con que éste contestaba á todas sus preguntas, ¿pues de qué sirve, entonces, le dijo, el ser un sabio, si no podéis satisfacer á ninguna de mis preguntas? El ser sabio, señora, replicó Duhamel, sirve para saber decir *no sé*». (1)

Merecen leerse las notables conferencias dadas por el P. Félix, acerca de *El misterio y la ciencia;* y el reciente hermoso libro del abate Gondal, *Le surnaturel;* véanse también las dos magistrales obras: *La prophetie de Daniel; Philosophie de l'histoire,* por el abate Domenech, y *Le problème du mal,* por el P. Bonniot.

LECCCIÓN V

El racionalismo y el milagro

Una biblioteca entera pudiera formarse con lo que anda escrito acerca de tan capital asunto. La Iglesia admite y sostiene la doctrina referente al milagro, como *sello divino* que es y testimonio poderoso de la intervención especial de Dios; es la garantía de lo sobrenatural; por eso el racionalismo, procediendo con instinto diabólico, puso firme empeño en negar la doctrina del milagro, ora combatiendo su posibilidad ó ya oponiendo el argumento ridículo de *la no comprobación,* ya, finalmente, atrincherado en el postrer baluarte, negando su realidad histórica. Mas todos

(1) Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe.*

esos esfuerzos desesperados han resultado vanos, y la doctrina referente á la posibilidad, comprobación y verdad histórica del milagro salió, como no podía menos, triunfante.

Para proceder con firme base en este asunto y guardar el orden debido en la materia, debemos comenzar por establecer con claridad y precisión la noción de milagro; defender luego su posibilidad, pasar á lo referente á su comprobación, y por último tratar de su realidad histórica.

Entre las definiciones dadas acerca del milagro parécenos, que, al menos para el fin que aquí llevamos, ninguna más clara y segura que la que el P. Marín de Boylesve da en su hermosa obra: *Dieu et ses œuvres,* y que traducimos de este modo: «Milagro propiamente dicho es una obra sensible, superior á todas las fuerzas creadas y contraria al orden acostumbrado». El mismo escritor justifica la definición, y para evitar conflictos debe tenerse siempre á mano el breve, pero luminoso análisis que de aquella pone á continuación, diciendo:

«1.º *Sensible,* porque aquello que no cae bajo los sentidos no puede servir para demostrar á los hombres la intervención de un agente espiritual.

«2.º *Superior* á todas las fuerzas creadas; de otro modo la obra no probaría la intervención divina;

«3.º *Contraria* al orden acostumbrado, porque lo que tiene carácter ordinario deja de excitar

la atención y el asombro, y no muestra por parte de Dios una intervención especial», y, sintetizando, añade:

«En tres palabras, el MILAGRO es una *obra sensible, sobrenatural, extraordinaria.*

«Todo lo que es milagroso es sobrenatural; todo lo que es sobrenatural no es milagroso.

«La justificación de las almas por el bautismo ó por la penitencia, el cambio de la substancia del pan en el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, y en general los efectos de los sacramentos son sobrenaturales sin ser milagrosos.

«Sobrenaturales, porque sobrepujan las fuerzas de toda criatura;

«No milagrosos, porque se obran según un orden que, aunque sobrenatural, no deja de ser regular, en virtud de la determinación divina.

«Por otra parte, esos efectos, no cayendo bajo los sentidos, no pueden servir para confirmar las verdades ó los hechos del orden sobrenatural».

Sería curioso apuntar lo que el abate Gondal escribe en su libro *Le surnaturel,* haciendo historia de la definición del milagro; recorre las diversas épocas de la teología católica, estampando autorizados textos; mas figúrasenos que esto mejor que en un MANUAL DE APOLOGÉTICA tiene su lugar propio en la historia de los dogmas, y que debe cerrarse con el canon referente á la doctrina del milagro, dado por el Concilio Vaticano, y que puede verse, con un estudio admirable sobre el asunto en sus relaciones con la cien-

cia, en la obra *La cosmogonie*, del sabio abate Arduin.

Vengamos, pues, á tratar de la posibilidad del milagro, en contraposición á la extraña y absurda doctrina del racionalismo, que la niega.

Si la negación racionalista se ofreciese á los que en el siglo XVIII se burlaban de Cristo y de su doctrina, uno de sus maestros, J. J. Rousseau, con aquella originalidad de estilo que habría hecho de él un gran filósofo, si hubiese aceptado las luces de la fe habría contestado lo que á sí mismo respondió al interrogarse si Dios puede hacer milagros: «A quien tal cosa pusiese en duda, fuerza sería encerrarle como loco». «Si tal sentencia se aplicase á los racionalistas del día, dice con su hermoso y fácil ingenio el padre Félix, serían muchos los que debieran ir al manicomio». (1)

La negación de la posibilidad del milagro lleva consigo estas otras dos: 1.ª si Dios no puede hacer milagros, no es omnipotente. 2.ª Si Dios no es omnipotente, no es tal Dios, y damos, por lo tanto, en el ateísmo.

Admitida la existencia de Dios, surge naturalmente la idea de sus atributos, y uno de estos es la omnipotencia; si, pues, Dios todo lo puede, si todo lo que puede ser hecho cae bajo su infinito poder, claro es que el milagro está dentro del supuesto, porque su ejecución es cosa que puede

(1) R. P. Fèlix, *Conferencias, El progreso por medio del Cristianismo.*

ser hecha; si así no fuese, el milagro sería intrínsecamente imposible, es decir, absurdo; mas, ¿cuándo se tuvo por tal el acto del legislador que dictó la derogación de la ley por él establecida, ó cuando se miró como imposible el privilegio ó exención hechos por él, cuando bien le plugo, en favor de quién estimó conveniente hacerlo? En este punto, la justa noción de las cosas, el buen sentido y el parecer de toda la humanidad, aparecen de acuerdo; todos asienten al hecho, y el abate Cauly lo expresa diciendo:

«El buen sentido dice que eso (la negación de la posibilidad de que Dios pueda hacer milagros) no puede ser, y todos los pueblos han respondido: Sí, el milagro es posible. En efecto, todos han creído en eso. Han podido equivocarse y tomar como verdaderos milagros hechos que no lo eran; mas creyendo en falsos milagros admitían por lo menos su posibilidad». (1)

Cierto es que contra el milagro invoca Renan la ciencia (?) diciendo: «El milagro está fuera de la ciencia»; y se traen además como argumento las llamadas leyes del universo, presentándolas como *inmutables;* también se podría oponer la invariabilidad de la suma de las fuerzas cósmicas.

Todos estos alardes de ciencia que tanto ruído hacen, valen, en verdad, bien poco, y se vuelven contra los mismos que los hacen. Porque, despues de todo, ¿qué autoridad gozó nunca Renan como

(1) Abbé Cauly, *Religion et Catholicisme.*

maestro en cosmología? Esa frase suya, que á nadie podría perdonársele como expresión rigurosa, porque envuelve gravísimo desatino, aun como mera frase no es en él perdonable; nunca se supo que en tales materias el nombre del exseminarista de San Sulpicio pudiera figurar entre los de cosmólogos como Copérnico, Laplace ó M. Faye. Si el milagro está fuera de la ciencia, ¿cómo es que sabios como el P. Carbonelle, Moigno, Secchi, Arduin y otros no repararon mucho ni poco en admitirlo? Ni tampoco es cierto que las leyes del universo sean inmutables; en las cosas tenemos la esencia metafísica á la cual no se toca ni en los milagros, ni en nada, porque eso es intangible; pero hay la esencia física, y su estabilidad (no inmutabilidad) sufre modificaciones, porque el hacerlas no destruye la realidad metafísica; y cuando obra Dios algún milagro, se dirige á la esencia física de las cosas, y la ley cósmica, estable, mas no inmutable, sufre modificación ó suspensión, y esto mismo ocurre, de alguna manera, en aquellas cosas á las cuales puede alcanzar el poder del hombre; pero el verdadero milagro, sin embargo, corresponde solo á Dios, porque al obrar de este modo procede, como se ha dicho muy bien, como Creador, y de esta manera se hace presente al juicio del hombre, para que así reconozca y vea la especial intervención de la Divinidad. Si las leyes cósmicas fuesen inmutables, el orden físico sería al propio tiempo orden metafísico; es decir, sería y no sería,

porque se identificaban órdenes tan diferentes. Luego, debemos tener por manifiestamente falso tal supuesto, y vacío de todo valor el argumento sobre él establecido. Y, en fin, la suma de las fuerzas cósmicas no implica desorden en el Universo, al introducir allí el milagro, porque Dios puede hacer la debida compensación en las energías ó aplicar según su beneplácito las existentes; y en cualquiera de ambos casos, no se vé que haya de surgir el más leve desorden, como lo saben todos los que conocen las ciencias exactas y la ciencia admirable de la mecánica. Y no solamente no resulta el milagro como elemento perturbador del orden universal, sino que aparece como realidad admirable que abrillanta la obra de Dios y corona el edificio. Así lo entendió el sabio escritor P. Juan Mir y Noguera, quien para hacerlo palpable copia el siguiente hermoso párrafo que se lee en el originalísimo libro del profundo pensador D. Antonio Comellas Cluet, *Demostración de que no pueden darse conflictos entre la Religión católica y la ciencia:*

«La producción del milagro es una continuación de la ley de la naturaleza, es la misma ley elevada á una región superior. Los diferentes órdenes de seres que componen la naturaleza están en mutuas relaciones, promoviendo unos el bien de otros en bellísima armonía. Las substancias inorgánicas suministran á los vegetales los alimentos necesarios para vivir, crecer y llegar á admirable lozanía. Á los animales y al hombre les

suministran su alimento el reino vegetal y el reino animal. Así, algunos seres de un orden inferior pierden su propia existencia, se transforman para el bien de seres superiores; un orden inferior sufre quebranto en algunos de sus individuos para promover el bien de un orden superior. Esta misma ley rige en el milagro respecto de la naturaleza. Cuando se obra el milagro, se impide la ley de la naturaleza, se invierte el orden natural, no por antojo, sino para promover un bien superior, para establecer y difundir el orden religioso y moral».

Al terminar esta parte del asunto, parécenos muy oportuno traer aquí algunas frases del sabio abate Arduin, que ofrece uno de los más acabados estudios acerca del milagro. Hélas aquí. «...Nada es más opuesto á la ciencia que el pretender encontrar la causa de un hecho allí donde no está. Y así sucede, repitámoslo, que la Religión puede iluminar, ayudar y defender á la ciencia. *De hecho,* hombres que creían sinceramente en los milagros son quienes han descubierto y formulado las *leyes* más fecundas de la astronomía, de la física, de la química y de las ciencias naturales: Newton, Kepler, Copérnico, Galileo, Le Verrier, Pascal, Mariotte, Fabre, Ampère, Bercélius, Haüy, Faraday, Dumas, Linneo, Jussieu, Cuvier, Brongniart, Agassir, Elías de Beaumont y tantos otros.

«Una comparación familiar resumirá estas conclusiones acerca de la posibilidad de los milagros. Todo el mundo ha podido ver las ingeniosas máquinas empleadas en la industria para obtener

hilos de seda, de algodón, de lana, etc.: algunos centenares de bobinas colocadas en séries paralelas reciben un movimiento común, de un motor cualquiera; giran todas á la vez con orden y regularidad, según las leyes de la mecánica; este movimiento general constituye el orden de la máquina. Si un hilo llega á romperse, la obrera que vigila el trabajo apoya el dedo sobre una palanca y al punto una bobina, una sola, cesa de girar; la obrera le echa mano, ata el hilo y la restituye al movimiento común. ¿Por ventura la detención momentánea de una bobina ha comprometido el orden ó la harmonía del sistema ó destruído el orden del mecanismo? Lejos de eso: constituye una de las perfecciones de la máquina el poder continuar su acción general durante la parada de uno de sus elementos, y esta detención posible forma parte del plan concebido por el mecánico; prueba su ciencia; está en el orden. ¿Acaso esta sustracción excepcional de una bobina á la influencia de la causa motriz impide admitir la permanencia del movimiento general ó de la estabilidad del mecanismo? ¿Por ventura no nos reiríamos en la cara del *sabio* que pretendiese no poderse formular la ley del movimiento general de la máquina, porque una bobina puede cesar de girar en un momento dado, á voluntad del obrero? Semejante sabio no sería ciertamente más ridículo que aquél que niega la posibilidad de los milagros». (1)

(1) Abbé Arduin: *La cosmogonie.*

Vengamos ahora á lo referente á la *comprobación* y *existencia histórica* del milagro.

Es cosa bien singular el procedimiento adoptado por el racionalismo para negar la comprobación del milagro. El milagro se opone á las leyes naturales, y por lo tanto, dice, no debemos creer en él, y sí quedarnos con las leyes de la naturaleza; así, pues, si un muerto resucita, no debemos dar crédito á los ojos que lo ven, ni á las manos que lo tocan, ni á los oídos que oyen su voz; porque es ley de la naturaleza que aquél que ha muerto no vuelva ya á la vida. De aquí resulta el absurdo asombroso de que, por no querer admitir el hecho milagroso, la derogación de una ley de la naturaleza en algún caso dado, se niegue el testimonio de los sentidos, y en tal extremo que se nos obligue á creer que innumerables personas, sin que pueda señalarse causa para ello, resulten de pronto viendo todas la misma cosa, oyendo todas la misma voz, tocando todas el mismo objeto; es decir que, por no admitir una dificultad explicable, se admiten numerosas dificultades inexplicables y se abre la puerta á un escepticismo ridículo y pernicioso. Así se venga la verdad de todos aquellos que hacen violencia al buen sentido para escapar á lo que la realidad y la sana razón imponen. Si el milagro es un hecho sensible, claro está que cae, como todos los hechos de tal género, bajo la jurisdicción de los sentidos; y el negarlos, es dar en una contradicción ó en la absurda negación del valor de

los sentidos, como testimonio para formar uno de los llamados criterios de verdad.

Pudiéramos pasar por alto el gastado y vulgar argumento de Rousseau contra los milagros, fundado en el desconocimiento relativo de la totalidad de las leyes de la naturaleza; y todo el mundo sabe que cien veces se ha dicho que basta, para poder apreciar si un hecho es natural ó milagroso, con tener un conocimiento negativo de la totalidad de dichas leyes, de suerte que si positivamente no podemos decir hasta donde llegan las fuerzas naturales, podemos decir hasta donde no llegan, y apreciar el hecho de manera que pueda clasificarse ya como hecho ordinario, ya como milagroso.

Además, se ha hecho ver que el argumento, aunque especioso, de puro delgado se quiebra, y probando demasiado resulta inútil, porque no prueba nada. Si se admitiese tal criterio, habría necesidad de dudar de la verdad de las relaciones científicamente establecidas entre los hechos ordinarios y sus causas; desde ese momento, caeríamos en un escepticismo científico tal, que nadie estaría seguro de que las relaciones, las causas y las leyes atribuídas á los hechos estudiados fuesen las que la ciencia les asigna, y resultaría lo que con sumo acierto nota el P. Félix; «que para conocer una sola ley habría necesidad de conocer antes el todo de esas mismas leyes de la naturaleza, lo cual es absurdo».

¿Y qué diremos de la imposibilidad histórica del milagro? El racionalismo, al combatirla, da

en la extraña y ridícula negación del criterio llamado de autoridad; si los hechos visibles que se ofrecen claramente á los sentidos, que han sido apreciados por numerosos testigos, no pueden admitirse como acontecimiento real, en ese caso forzoso es que se suprima de un golpe la historia, que los tribunales se resignen á no poder dictar jamás sentencia fundada, y por lo mismo justa, y además destruir el lazo necesario de todas las relaciones humanas que descansan en el criterio de autoridad ó referencia. ¿A dónde iríamos á dar con tan absurda consecuencia? ¡Sería imposible la vida moral y social, y el mundo se tornaría en vasto manicomio! Y que no diga Renan, (en uno, por lo menos, de los prefacios de su *Vida de Jesús)* que para estimar debidamente la verdad real del hecho milagroso habría necesidad de constituir una comisión ó jurado que entendiese en el asunto, fijando día, hora, lugar y circunstancias al taumaturgo, para asesorarse bien de lo acaecido y dar dictamen sobre el asunto. ¿No es esto, como dice, el ya citado P. Félix, «residenciar á Dios», trayéndole, por decirlo así, á la barra, y convirtiéndole en juguete del capricho de la voluntad humana? Aquí, á la locura se añade la irreverencia; y cuando se llega á tales casos el asunto está juzgado.

Finalmente, cuando al argumento legítimo que se apoya en el milagro como testimonio en favor de la verdad de una doctrina ó del hecho de la santidad de quien ha recibido el don de mi-

lagros, se oponen los falsos milagros obrados por virtud diabólica ó las apariencias de milagro, como acontece actualmente con el hipnotismo, cabe responder que el milagro verdadero ha de ser obra divina, y, ya se estudie lo que se refiere á la substancia del milagro, ya se atienda al modo, ya se tenga en cuenta el fin y los medios empleados, cabe distinguir perfectamente cuando en estas cosas se procede de buena fe. Y si es verdad que se dan falsos milagros, prueba es de que los hay verdaderos; que nadie forja imitaciones sin que antes preceda la cosa imitada. El racionalismo, que hizo esfuerzos asombrosos para desentenderse del milagro, no ha conseguido al fin otra cosa que dejar ver la pobreza de sus recursos, cuando pretende huir el cuerpo á la verdad cristiana que por todas partes le acosa. Si entre sus críticos cuenta hombres tan admirados como Renan y tan atrevidos como Strauss, en la Iglesia han surgido defensores que supieron defender sus verdades, y en este punto del milagro pueden verse los siguientes importantes trabajos que honran á sus autores. *Le miracle et ses contrefaçons,* por el P. Bonniot; *El milagro,* por el P. Juan Mir y Noguera; *Le surnaturel,* por el abate Gondal; *La religion en face de la science,* por el abate Arduin (Tomo I); *Conferencias en Nuestra Señora de París,* por los PP: Lacordaire y Félix; *La divinité de Jésus-Christ* (vol. I), por el abate Fremont; *Harmonía entre la ciencia y la fe,* por D. Miguel Mir; *Dieu et ses oeuvres,* por el P. Marin de Boylesve.

LECCIÓN VI

El racionalismo y la divinidad de Jesucristo

¡Qué tema tan hermoso, tan vasto, tan agradable á la mente y tan grato al corazón! En él se encuentran dos hechos que lo deciden todo: la negación racionalista que introduce una espantosa revolución destruyendo el Cristianismo, asentando el reinado del absurdo y convirtiendo en cosa laudable lo escandaloso y blasfemo, y la afirmación católica defendiendo la verdad y con ella los intereses de la razón, de la historia, de la moral y de la santidad. Si Cristo no es Dios, el mundo cristiano cayó en deplorable locura, y no se ven trazas de que se cure de ella; si Cristo es Dios, el mundo cristiano es razonable y procede con justicia y acierto prestándole adoración, y puede con pleno derecho acusar al racionalismo como impío perturbador del mundo religioso, del mundo moral, del mundo inteligente. Y no obstante, dadas esas consecuencias, el error camina pertinaz, vencido mas no convencido, en su absurda negación. Y aquí brilló maravillosamente la providencia de Dios, suscitando hermosísimos trabajos que defienden el dogma capital, la divinidad de Jesucristo. Este asunto puede estudiarse de dos maneras: ó bien ofreciendo en una síntesis el Cristo incomprensible del racionalismo y el

Cristo verdadero de la Iglesia católica, ó bien exponiendo los pormenores del asunto y dejando al lector que saque la consecuencia final de todo. El espacio que tenemos disponible nos impide ser minuciosos; vamos á tomar, pues, el siguiente partido: Expondremos, primero, el asunto, como síntesis, y luego, como prueba y confirmación, los puntos diversos que le sirven de base, dejando hablar á los que mejor han estudiado tan divino y trascendental asunto.

La síntesis.—No ha mucho tiempo, estudiando este asunto de la divinidad del Salvador, escribíamos lo siguiente que resume y sintetiza el estado de la cuestión:

«¡Hemos llegado al fin del siglo! La ciencia que tanto prometía resulta en fin de cuentas con las manos vacías! Toda su síntesis acerca de las tres grandes realidades de la filosofía, Dios, el hombre y el mundo, resuélvese en esta fórmula desconsoladora: «Dios es un *mito,* el hombre un *mico* y el mundo una fórmula de mecánica». Con este resultado, tenemos que el ateísmo materialista es la idea que informa á la ciencia moderna, á la ciencia de los Büchner y Haeckel; y como si esta bárbara demolición en donde perecen la idea de Dios, la del alma y la de la creación, fuese todavía poco para saciar el descomunal apetito de la soberbia humana, también esa misma negación vino á poner su mano sacrílega sobre la faz sagrada de Jesucristo, descargando sobre Él más impía bofetada que aquella de que nos habla el